

**LA PALABRA DE DIOS, LA ESCUCHA DE LA PERSONA;
LA PRESENCIA DEL SEÑOR EN MEDIO DE NOSOTROS: LA FE EN SU PALABRA=PERSONA.**

Los obstáculos -tentaciones-, que ponemos: la necesidad de confesar nuestros pecados.

PALABRA Y EUCARISTIA

“De la abundancia del corazón habla la boca” (Lc 6, 44-45)

“No es lo que entra de fuera lo que hace malo al hombre; es lo que sale de su corazón” (Mt 15, 10-20)

¿Cuál es mi actitud y mi respuesta a la Palabra del Señor?

¿Por qué no escucho?, ¿por qué no entra en mi su Palabra?; ¿por qué no dice y hace en mí, cuando así es la Palabra del Señor?:

“Y dijo Dios hágase la Luz y la luz se hizo...” (Gn 1)

“Y Jesús le dijo “ábrete” y al instante se le abrieron los oídos y se le soltó la lengua y hablaba correctamente...” (Mc 7, 31-37)

Puede suceder que seamos creyentes y no nos hayamos enterado del Evangelio, de las cosas increíbles que Dios ha dicho:

“Cuanto aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros” (Is 55,9)

*Una tentación muy frecuentes es la de “reducir a Dios a nuestras ideas, nuestro pequeño lote de pensamientos y saberes, para la oración, para la vida de todos los días, es decir, nos hemos hecho nuestro rincón de Fe y ahí nos hemos instalado.

No queremos escuchar la Palabra de Dios como el Mensaje siempre nuevo que rompe nuestros esquemas, nuestro montaje incluso de fe. ¿Por qué?

Porque queremos manejar a Dios. Y una manera de manejarle es ésta: no querer abrirnos a los espacios de su conocimiento. Como conocer a Dios es “descolocarnos”, “asombrarnos hasta el límite”, “quedarnos en el aire”, entonces nos hacemos nuestro dios, un dios pequeñito a nuestra medida, “a nuestra errónea imagen y semejanza”

NECESIDAD DEL ESPÍRITU SANTO.

El principal obstáculo, problema, va a ser, como siempre, nuestra fe cristiana.

No es que nos falta “buena voluntad” (aunque la buena voluntad no existe).

Seguramente al comenzar un proyecto de crecimiento en la fe, como unos días de ejercicios espirituales, como un tiempo de renovación... , trataremos de estar abiertos, fervorosos, casi, casi, ya convertidos...

No se trata de fervor, ni de muchas horas de oración, ni siquiera de convertirse... **¡¡¡SE TRATA DE LA PALABRA DE DIOS!!!**. Por eso pedimos el Espíritu Santo.

“El Espíritu que todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así que nadie conoce lo íntimo de Dios sino el Espíritu de Dios” (1 Cor 2, 10-11)

Sólo el Espíritu Santo conoce al Padre y al Hijo. Por eso el Espíritu Santo solo puede hablarnos de la Palabra que está en el Padre.

Nuestro fallo consiste en pensar que somos cada uno de nosotros quienes tenemos que hacer, preparar, conseguir... y ahí está la grave equivocación.

No es problema de cambiar nosotros, de hacer nosotros, es cuestión de ser introducidos más allá de nosotros mismos, hasta la Palabra de Dios. Y eso solo puede hacerlo el ESPÍRITU SANTO.

ES EL ESPÍRITU SANTO EL QUE NOS ABRE LOS OÍDOS, A FIN DE NO SER SORDOS A LA PALABRA.

Y ES EL ESPÍRITU SANTO EL QUE NOS DA LA INTELIGENCIA DE LA PALABRA.

Nosotros cuando hablamos de Dios, solo “balbuceamos” de lo que Dios ha dicho.

NECESIDAD DE ESCUCHAR LA PALABRA.

“Porque como descienden de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelven allá sino que riegan la tierra, haciéndola producir y germinar, dando semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca, no volverá a mí vacía sin haber realizado lo que deseo, y logrado el propósito para el cual la envié” (Is 55, 10-11)
Tal es la “imagen”: ser tierra, es decir, HUMILDAD. Ser “tierra”, es decir, dejarnos triturar por la Palabra de Dios.

Normalmente estamos muy poco habituados - educados-, en una oración (relación personal con el Señor: Él me habla y yo respondo) a través de la Palabra.

ES MUY IMPORTANTE QUE LA ORACIÓN ESTÉ CENTRADA EN EL SEÑOR, EN SU PALABRA, PORQUE SI NO ES ASÍ, ESTARÁ CENTRADA EN CADA UNO DE NOSOTROS.

La gran dificultad de nuestra vida es nuestro subjetivismo (subjetivismo y relativista)
“Buena voluntad...”, nos sobra, pero ¿es la nuestra!

Es cuestión de Fe (creo o no creo, me fío o no me fío de Dios, de su Palabra) y de escucha de la PALABRA. No es nada complicado, sino algo tan simple como: no ponerme yo misma en el centro, sino que la PALABRA vaya descendiendo, entrando como la semilla del Sembrador en la tierra preparada, esponjada para ello. (Mt 13, 1-20)

Hemos de aprender a leer (escuchar) el Evangelio, al Señor, que me habla en su Palabra. Hemos de aprender a dejarnos juzgar por esta Palabra que es el mismo Señor.

Entonces veremos cómo la PALABRA HACE, Y HACE LO QUE DICE, PORQUE ES PALABRA DE DIOS (Sal 148, 5; Jn 1, 3)

Aprender a escucharle a Él que es la plenitud de la Revelación de Dios, la Palabra encarnada, que es “viva y eficaz”, que habla y me habla cuando yo la escucho, en ese mismo momento: (I Jn 1-4) : *“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que han palpado nuestras manos, acerca del Verbo de vida, pues la vida fue manifestada, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó, lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que vuestro gozo sea completo.*

La Fe no es saber cosas extrañas. La Fe es lo que hemos visto y que jamás pudimos ver: La vida del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Por eso la Fe comienza por los ojos y por los oídos. No creemos en ideas fantásticas o abstractas. La Fe es en un Dios

que se nos ha Revelado, que comemos, que hemos tocado, que hemos visto, que hemos oído.

ES MUY IMPORTANTE QUE CAIGAMOS EN LA CUENTA DE LO QUE DIOS NOS REVELA Y DE LO QUE VIVIMOS, TANTAS VECES SIN DARNOS CUENTA, PORQUE NOS CERRAMOS.

OÍR LA PALABRA. VER AL SEÑOR.

Es fundamental conocer la Revelación y conocer el Misterio de la relación entre la PALABRA que dice y hace, y lo que se realiza en la EUCARISTÍA.

La Palabra sin Eucaristía se reduce a ideología, a doctrina, a saber cosas...

La Eucaristía sin Palabra fácilmente la reducimos a religiosidad, a sensible “piedad”... y “los signos y símbolos al gusto del que anda por allí”.

LA PALABRA NOS ILUMINA ACERCA DE LA EUCARISTÍA. LA EUCARISTÍA NOS HACE VER QUE DIOS HA IRRUMPIDO EN ESTE MUNDO.

Un Dios que ha hecho y hace maravillas, un Dios que actúa hoy, ahora. No es una especie de Dios transcendente que nos fabricamos, a veces, incluso diciendo que es como un Dios más grande.

La grandeza de Dios infinita se ha revelado en que Él ha sido capaz de tomar nuestra carne.

Es el **MISTERIO DE MISERICORDIA** que proclama San Pablo “**manifestado en la carne**” (I Tim 3, 16), y por lo tanto en lo que hemos visto y oído.

A veces decimos “creer en el Cuerpo del Señor” como si se tratase de querer convencernos de que está. Si la Fe consistiera en “querer convencernos de que está” esa fe sería psicología de convicción.

Esa manera de hablar de la fe indica que estamos metidos en un subjetivismo religioso tremendo y muy peligroso.

Como nos ocurre respecto a la PALABRA. En vez de dejarse hacer por la Palabra, creemos que escuchar es cuestión de interpretar la Palabra, de saber muchas cosas acerca de la Palabra: (una charla por aquí, otra por allá; que si el padre tal que si la madre cual, que si el libro, la pagina web...).

+ LA PALABRA no es ninguna IDEA. Es algo físico que entra por el oído y que, **como Palabra de Dios, HACE.**

+ De la misma manera la EUCARISTÍA: las especies sacramentales que vemos con nuestros ojos, **ES REALMENTE EL**

CUERPO DEL SEÑOR QUE VEMOS.

Esta es la “experiencia” de la Santa Madre Iglesia que ve y come el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

Hemos de aprender a entrar en la física de Dios; comenzar a CONOCER a este DIOS VIVO Y VERDADERO, que ha hablado, que ha dicho, que ha hecho, que se ha hecho oír, tocar, palpar, tocar y ver, y que permanece como tal, no en un pasado, AHORA. “Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros”. Lo que fue dicho y hecho una vez, permanece en su Santa Iglesia, que es precisamente esta COMUNIÓN CON EL PADRE Y CON SU HIJO JESUCRISTO.

Una comunidad de creyentes es una comunidad contemplativa de este Misterio de Comunión, de quienes han oído y han visto, y que se dedica a “ver” y “oír”: ver la Eucaristía y oír la Palabra.

EL SILENCIO DEL ESPÍRITU, ÁMBITO DE LA PALABRA.

Hay una condición. Para que la Palabra sea Vida en cada uno de nosotros debe ser escuchada en **SILENCIO**.

No solamente el ruido exterior, el parloteo...

Porque hay muchas maneras de hablar:

-Una es reducir la Palabra de Dios a interpretación. Son teorías del hombre y no dejamos el silencio a la Palabra que viene de Dios. ¿No será que cada cual ya se ha hecho un Evangelio a “su medida” donde sólo aparece lo que conviene para seguir queriendo manejar a Dios y al otro?

Hay que estar como abriendo las entrañas de gozo, en silencio de Fe.

-Otra manera de hablar es creer más en lo que cada uno de nosotros podemos hacer, planificar, que en la misma Palabra, que HACE en nosotros. Es poner afán en convertirse, en sacar fruto, en tener éxito, “evangelizador”... esto es que cada cual se adelante a la obra de Dios en sí mismo, y hace su obra personal, sin Dios.

¿En qué creemos, en la conversión en nuestro trabajo, en nuestros esfuerzos..., o en Dios?

Lo que Dios quiere hacer en cada uno de nosotros es su Obra, por eso HAY QUE HACER SILENCIO, dejar a Dios hacer, CONSENTIR EN QUE ÉL ES EL SEÑOR Y CADA UNO DE NOSOTROS, su instrumento.

NECESITAMOS RECUPERAR EL SILENCIO, EL RECOGIMIENTO, EL ENTRAR DENTRO, AHÍ DONDE ESTÁ EL SEÑOR. Eliminar en nosotros “el espacio de la palabrería”, al confesarnos pecadores.

Si queremos que la Palabra resuene de una manera real, verdadera, el mejor silencio es el de la EUCARISTÍA, vivida desde el “abrazo del perdón” recibido en la Confesión frecuente..

No hay silencio mayor para escuchar la Palabra divina, como la adoración de AQUEL que, siendo la Palabra del Padre, SABIDURÍA ETERNA, se anonadó hasta el silencio de la Eucaristía.

Si quieres saber si de verdad estás dispuesto al Silencio, abúrrrete delante del Señor, y estate humildemente ¡impotente!, pero en esperanza, creyendo que el Dios que nos ama, es Fiel.

Jamás Dios habló como cuando quedó mudo en la Cruz, y jamás Dios sigue hablando como en el Silencio de la EUCARISTÍA, y después en el SAGRARIO, como PAN DE VIDA ENTREGADO. Él iluminará su Palabra en mi corazón.

No se trata más que de eso:

- de salir de nosotros mismos para que Dios pueda hacer su obra;
- que humildemente permanezcamos en silencio;
- que cojamos la Palabra y la oigamos como Buena Nueva, como noticia siempre maravillosa.

Y así, metidos en el silencio del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, escuchando su Palabra,

- DIOS HARÁ.
- HARÁ COMO QUIERA Y CUANDO QUIERA...

La gran conversión de cada uno hacia el Señor es que nos convirtamos a la Buena Nueva, a la PALABRA DE DIOS: ahí nace en sacramento del perdón.